LA LARGA ESPERA DE LA MUERTE EN UNA CIUDAD VALENCIANA DEL SIGLO XVII. (ORIHUELA ANTE LA PESTE DE 1676-1678)

Por Mario MARTINEZ GOMIS
Universidad de Alicante

INTRODUCCION

Hace ya algunos años L. García Ballester y J. M. Mayer Benítez, en un trabajo conjunto⁽¹⁾, estudiaron las incidencias de la peste de 1647-52 en la ciudad de Orihuela, a la sazón capital de gobernación, sede episcopal y centro cultural. También, en una amplia zona que podía recibir el influjo de su flamante Universidad. Desde el citado artículo, y a la espera de que surjan algunos trabajos en curso de elaboración o publicación⁽²⁾, sólo H. Kamen ha vuelto a ocuparse de los aspectos epidémicos en esta importante área del antiguo Reino de Valencia, y concretamente sobre Orihuela, al dar amplia noticia de la peste de 1676-78 que tuvo su foco propagador en la ciudad portuaria de Cartagena⁽³⁾. Orihuela, en esta ocasión, junto a Murcia, volvió a quedar, como decía el escribano de su Consejo, «rodeada de un enemigo tan borás y tan mortal como el contagio»⁽⁴⁾, en el centro de un círculo mortífero cuyos límites se establecieron por el N. hacia la cuenca del Vinalopó, para tener por el E. y S. el mar como barrera, mientras que por el W. la epidemia pareció encontrar su freno en esa línea imaginaria que une las poblaciones de Totana, Cieza y Tobarra. Del mismo modo que en 1648 Orihuela no pudo evitar tan peligroso cerco; es más, acabó convirtiéndose en «cabeza de puente para la transmisión de la peste a las zonas del sur de la península»⁽⁵⁾, al cabo de treinta años, en 1678, volvió a sucumbir a sus efectos, aunque en esta ocasión su papel fuera tal vez otro muy distinto: el de contener, en la medida de lo posible, la propagación del mal

hacia el norte gracias a los medios preventivos puestos en acción conjunta con Alicante.

El objeto del presente artículo no es otro que el de contribuir a rellenar aquellos vanos que la visión obligadamente general de H. Kamen sobre la epidemia de 1676-78 ha dejado abiertos en lo que se refiere al caso específico de Orihuela. La finalidad, lejos de limitarse a la mera aportación erudita, es la de insistir sobre algunos puntos de la prevención sanitaria y de la posterior incidencia del contagio que pudieron alterar, en mayor o menor grado, las constantes económicas o socioculturales sobre las que descansaba esta ciudad valenciana, al tiempo que se pretende insistir, con la mayor objetividad posible, en el clima de tensión y terror que las expectativas inevitables de la muerte crearon sobre nuestros antepasados durante la Edad Moderna.

Para la elaboración de este trabajo hemos recurrido principalmente a la documentación existente en los archivos locales: Archivo Municipal y Archivo Histórico de Orihuela. En el primero, hemos de decir que la base de cuanto vamos a exponer se halla contenida en «El libro de la Epidemia de 1678», los «Contestadores» de 1677 y 1680 y el legajo «Varios», siendo obligado hacer una serie de observaciones al respecto: a) que el libro de la «Epidemia» no se ajusta en realidad a documentos de esta fecha, puesto que en su mayor parte contiene copias de la correspondencia de la Ciudad relativas a la casi totalidad del año 1677; siendo tan sólo el «Informe de los médicos de Orihuela» y el «Informe del Comisario valenciano Dr. D. Juan Bautista Orivay» los únicos documentos relativos a 1678, año en que la Ciudad sufrió en realidad los efectos del contagio; b) el recurso a los contestadores de 1677 y 1680 se debe a la ausencia total de otras series informativas que hagan alusión directa al año de la epidemia; c) la consulta del legajo denominado «Varios» responde a ser éste, a pesar de su nomenclatura, un abundante y exclusivo compendio de documentos sobre las diversas plagas y epidemias que sufrió la Ciudad durante los siglos XVIII y XIX. La abundancia de este material no corre pareja, por el contrario, a la originalidad del mismo o a su uniformidad de cara a elaborar un trabajo de tipo demográfico, al menos en lo que respecta al siglo XVIII; d) los datos obtenidos en el Archivo Histórico de Orihuela son auxiliares, y han sido consultados con la intención de obtener noticias sobre las repercusiones de la epidemia en dos de las instituciones más importantes de la Orihuela del Seiscientos: la Universidad y el Colegio de Predicadores de los dominicos.

Hemos de señalar, por último, que las dos incursiones realizadas en el Archivo Histórico Nacional y en la Biblioteca Nacional se deben a informaciones concretas ofrecidas por H. Kamen en su libro citado: el legajo 7.189 de la sección de Consejos y el libro de Juan Bautista Orivay⁽⁶⁾ respectivamente. Este libro que el historiador inglés no pudo utilizar ha sido de gran utilidad para nuestro trabajo.

DESCRIPCION DE LOS HECHOS

a) 1676: *Los primeros síntomas de alarma ante el contagio de Cartagena.*

La peste de 1647-52 se había ensañado sobre Orihuela reduciendo su población a la mitad de la que poseía a finales del primer tercio del siglo XVII: de unos 12.200 habitantes, 5.000 perecieron entre Mayo y Agosto de 1.648⁽⁷⁾; la cifra pues de sobremortalidad ciudadana fue de las más altas del reino y a ella se unieron los consiguientes efectos catastróficos de la epidemia: desintegración social, malestar económico, vacío poblacional en los sectores profesionales más cualificados, etc.⁽⁸⁾. Toda una serie de hechos que, al cabo de una generación, debían hallarse lógicamente presentes en la mente de los oriolanos que reaccionaron de una manera harto sensible ante las primeras noticias de que el mal podía acecharles de nuevo.

En efecto, el 24 de Junio de 1676, a los pocos días de surgir los sospechosos indicios de plaga pestífera en Cartagena⁽⁹⁾, el Consejo de Orihuela enviaba con toda urgencia al catedrático de Prima de Medicina Dr. Jaume Martínez y al cirujano Simón Asencio con la intención de que reconociesen la índole de la enfermedad. El 27 de ese mismo mes la Ciudad recibía un informe preciso, aunque precipitado, de ambos personajes certificando «que les enfermetats que hia en aquella ciutat (Cartagena) son epidemials, contagioses y pestilents y de la matexa especie des que hague en el any mil siscentys quaranta huit»⁽¹⁰⁾. Acto seguido el Consejo se apresuraba a poner en marcha alguno de los mecanismos clásicos preventivos tendentes a evitar la repetición de sucesos tan luctuosos como los que habían acaecido unas décadas antes. En primer lugar se constituía la «Junta de Salud Pública»—o «Junta del Morbo»—, y a dictado de la experiencia se proponían las primeras medidas a tomar que serían más tarde perfeccionadas y ampliadas. La índole de las mismas puede muy bien hablarnos de cuanto ocurrió treinta años antes y ahora se trataba de impedir. Al bloqueo comercial con la ciudad portuaria, se unían las órdenes encaminadas a evitar el contagio mediante la quema de mercancías y ropas procedentes de aquel lugar; los primeros intentos de conseguir dinero con el fin de consolidar el aislamiento físico y «tapiar y cerrar portes y rampants de la present ciutat per estar aquella ab tants portells com al present consta»⁽¹¹⁾; las primeras y drásticas coacciones para controlar cualquier tipo de desorden que alterase la vida pública a consecuencia, o al amparo del pánico: «que es fasen les forques necesaries y es porte executor de sentencies» con objeto de que «se observe y guarde tot lo que se ordenare»⁽¹²⁾.

La peste que los dos médicos oriolanos no habían dudado en diagnosticar en tan corto espacio de tiempo—por tratarse de ciudad

ajena—pareció, sin embargo, congelarse al sur con la llegada del invierno de 1676, cuando ya algunos doctores, dada la escasa virulencia de la misma, habían optado por definirla como «tercianas» acompañadas de «algunos tumores detrás de las orejas y en las uñas»⁽¹³⁾. La misma Orihuela, tras el sobresalto inicial y alarma de un brote de contagio surgido en Crevillente, pasó el verano y el resto de 1676 sin ninguna alteración especial hasta el punto de que la «Junta de Salud» no volvió a reunirse desde mediados de Julio para tratar tema alguno de importancia sobre la enfermedad. Y de este modo el 9 de febrero de 1677, el Cabildo Municipal ordenaba con cierto optimismo una procesión general para dar gracias «de que no haya agut en la present ciutat lo mal contagios que se ha patit en la ciutat de Cartagena y vila de Crevillent»⁽¹⁴⁾.

b) El nuevo brote epidémico de 1.677. El aislamiento de Orihuela y las medidas preventivas.

La amenaza de la epidemia, tras el respiro citado, no volvió a cernirse sobre Orihuela hasta la primavera de 1677. A partir de este momento, el estado general de alerta se estableció sin interrupción alguna hasta Mayo del año siguiente en que el cerco fue roto y la ciudad se vió irremisiblemente asaltada por la peste. Entre estas dos fechas se estableció, de modo harto elocuente, la lucha denodada de Orihuela por librarse del contagio a través de todos los medios posibles, la lucha por salvaguardar su pequeño universo amurallado no sólo de la enfermedad, sino también de todo indicio de anormalidad que alterase sus formas de vida.

Es el 21 de Abril de 1677, cuando aprovechando una visita del Consejo Murciano a Cartagena, por tenerse noticias de un nuevo brote epidémico, que Orihuela mandó al Dr. Francisco Moretó y al cirujano Ginés Martínez a recabar informes sobre la epidemia. Estos dos personajes más prudentes que sus predecesores, probablemente a causa del fiasco anterior, certificaron que, en efecto, se trataba de enfermos «de los mismos que hubo el año pasado aunque no de tanta malignidad»⁽¹⁵⁾. El juicio, lejos de ajustarse a la realidad—pues la ciudad portuaria se encontraba a punto de sufrir un verano más terrible que el de 1676 en cuanto a mortalidad se refiere—no fue compartido con el mismo optimismo por las autoridades oriolanas que comenzaron de nuevo a levantar el tinglado de la prevención. En primer lugar, el 3 de Mayo, tras decidir llevar a cabo el «tapiado» de la ciudad que no se había realizado el año anterior, el Consejo hacía partícipe a todos los lugares de su huerta de la situación de Cartagena para que se tomasen precauciones. Los acontecimientos comenzaron a precipitarse a partir de este momento, cuando el 26 de Mayo la epidemia entraba en Murcia y se extendía hacia sus lugares más próximos⁽¹⁶⁾. El 12 de Junio alarma la «Junta de Salud» por la llegada de la peste a la vecina villa de Elche,

se escribía al Virrey dándole cuenta de la gravedad de los hechos: «De Cartagena—decían—no sabemos cosa alguna porque es tal el rigor con que nos portamos en la guarda, que planta alguna de aquella ciudad y sus términos no pisan el nuestro y así no tenemos noticias fixas»⁽¹⁷⁾; de Murcia se sabía que, a pesar de las muertes habidas, las precauciones tomadas habían impedido que el contagio se extendiese tanto como en 1648; de Elche que pedía socorro y ayuda para abastecerse de trigo por estar sus puertas cerradas al comercio. «Nosotros—exponían los oriolanos—estamos con la maior vigilancia que es posible por si podemos preservarnos de un sitio tan apretado como se ha servido Dios Nuestro Señor ponernos dejándonos en mitad de Cartagena, Murcia y Elche»⁽¹⁸⁾. Y a Dios se encaminaba el primero de los remedios para conjurar el temor—siempre presente—a que se repitiese la gran epidemia del siglo: «la primera diligencia que habemos hecho es acudir a Dios Nuestro Señor que es el remedio más cierto y más eficaz, trayendo a la Santa Iglesia la Virgen de Monserrate que es nuestra Patrona... y al Sr. San Pablo que el año 48 le eligió esta ciudad y Cabildo por suerte para abogado de la peste»⁽¹⁹⁾. Después, entre las «diligencias humanas», se explicaba al Virrey el estado de alerta permanente de la «Junta de Salud» llevando a cabo dos reuniones diarias para tratar cualquier contingencia o imprevisto, el establecimiento de guardas en las puertas de la ciudad, vigiladas por sus fuerzas vivas: la Puerta de Murcia a cargo del Gobernador, caballeros y ciudadanos; la de Elche a cargo del Cabildo eclesiástico; la de Cartagena guardada por los justicia, jurados, racional, síndico y electos del Consejo⁽²⁰⁾. Otras medidas profilácticas llevadas a cabo se exponían a su excelencia entre las que destacaban la quema de ropa sospechosa y la publicación de pregones ajustándose «a todos los autores que hablan de este punto (la peste) y siguiendo las opiniones más seguras y rigurosas y los dictámenes de los Médicos que consultamos ordinariamente por peritos en esta facultad»⁽²¹⁾. Pero uno de los motivos principales de la misiva se reservaba para el final, tras hacer referencia a lo que más tarde sería considerado como una de las causas propiciatorias de la epidemia: la falta de medios económicos que afrontaba la ciudad a raíz de las malas cosechas del año anterior, en especial «de la seda que es donde nuestros vecinos se socorren de algún dinero y la del trigo y demás granos»⁽²²⁾. En virtud de ello, para luchar contra la peste, para no cargar todo el peso económico de la misma sobre los vecinos «aniquilados y sumamente pobres»⁽²³⁾ se solicitaba del Virrey que se detuviese por el momento el pago de las deudas contraídas por el Municipio—muchas de las cuales se remontaban aún a las consecuencias de la catástrofe de 1648⁽²⁴⁾—, acentuando en este aspecto el tinte dramático de la situación: «...si hoy viniesen executores seña la total y cierta ruina y destrucción de esta ciudad y la más verdadera peste»⁽²⁵⁾.

Mientras tanto el Consejo había organizado ya un sistema de recauda-

ción de fondos con el fin de conseguir 4.000 libras que ayudasen a sufragar los gastos de compra de grano, reparaciones, vigilancia, etc. al tiempo que trataba de arbitrar soluciones para paliar el malestar de los cultivadores de la seda ya afectados por el cierre del comercio con el puerto de Cartagena.

Apelando a un sentimiento de solidaridad urbana que raramente se ponía de manifiesto en las épocas de normalidad, insistiendo reiteradamente en el amor patrio y recurriendo por último, para más seguridad, a la descarada coacción, el Municipio hizo una llamada a los hombres de negocio para que, con arreglo a su fortuna, concediesen una cantidad como préstamo so pena, entre otras, «de desavencionarles perpetuamente, pues el vecino que no ayuda a su patria en una urgencia tan fuerte no deve gozar de los privilegios de serlo»⁽²⁶⁾. Estas razones y la promesa de devolución de lo prestado con el incremento de los correspondientes intereses pareció dar buenos resultados de cara a la consecución de las 4.000 libras a juzgar por las esperanzadas palabras al Virrey: «lo hasen mui gustosos sin haver sido necessario pasar a mayor rigor»⁽²⁷⁾.

En cuanto a lo concerniente al negocio de la seda, al margen de las malas cosechas que hemos mencionado, éste había sido uno de los primeros sectores económicos en padecer las consecuencias del contagio surgido en Cartagena. En efecto, cerrado su puerto a los mercaderes extranjeros donde los oriolanos tenían buen número de clientes, las expectativas hicieron suponer que la ausencia de los mismos podía provocar una caída de los precios al quedar reducida la demanda a la ejercida por los mercaderes locales. Estos, a juicio del Concejo, podrían «comprar la seda a preus molt inferiors confiats en que los vehins la an de vendre a qualsevol preu; porque forsosament an de acudir a posar en cobro sos fruits»⁽²⁸⁾. Para evitarlo se ordenó fijar los precios tanto de la seda como del capullo, imponiendo severas penas a cuantos, vendedores y compradores, infringieran la ordenanza. Al mismo tiempo se prohibió la acción de los comisionistas locales, intermediarios que vendían a los mercaderes de fuera de la ciudad con gran margen de beneficios.

Mientras esto ocurría, la irrupción del verano de 1677 iba a someter a la aislada ciudad a una serie de duras pruebas, conforme la epidemia iba estrechando el cerco a sus murallas. Alicante, por ejemplo, a mediados de Junio, ante la suposición de la inevitable arribada del contagio a Orihuela, decidió romper sus relaciones comerciales con ella. El pretexto, meramente preventivo todavía, se fundaba en que la ciudad del Segura para comerciar con Alicante tenía forzosamente que atravesar las tierras del Marquesado de Elche, villa ésta que al igual que Crevillente el año anterior padecía ahora la enfermedad. La reacción de Orihuela no se hizo esperar y el 23 de Junio escribía de nuevo al Virrey quejándose de esta medida⁽²⁹⁾ y exponiendo los graves problemas que la suspensión podía provocar entre

los oriolanos toda vez que, como era cierto, gozaban estos «todos assi los que habitan dentro de la ciudad como los que viven en las guertas y campos de este termino, una salud lo más felis que habemos conocido de mucho a esta parte, que es más admirable siendo en la estación del verano en que de ordinario ay algunas tercianas y este año aun esta enfermedad regional no se ha experimentado y los médicos están sin tener que haber»⁽³⁰⁾. El miedo estaba también en razón de que otras ciudades, pueblos y lugares imitasen la decisión de Alicante. No dudaba por ello el Cabildo Municipal en insistir hasta la saciedad en el buen estado de salud de sus habitantes, añadiendo incluso la existencia de un esporádico descenso de la mortalidad normal durante los últimos veinte días que habían precedido a la drástica decisión de las autoridades alicantinas. En todo este tiempo—decían los oriolanos—sólo en dos ocasiones había salido el Santísimo Sacramento para atender a dos enfermos no contagiosos y ello en la parroquia de la Catedral que era la más numerosa de la ciudad sobrepasando los ochocientos parroquianos⁽³¹⁾. El aislamiento con Alicante, por último, podía ser catastrófico, no ya sólo con miras al aprovisionamiento de alimentos, sino porque podía ser causante de facilitar la entrada de la epidemia en Orihuela, como señalaba el escribano de su Consejo. Ello podía producirse debido a la ausencia de nieve en Sierra Espuña, donde la ciudad tenía sus pozos, y a la necesidad de ir a buscarla a la Serella (al NW de Alicante). La ausencia de este elemento era considerada de vital importancia para la salud pública, sobre todo para combatir las «gravísimas enfermedades de tavadillos y calenturas malignas que solo se pueden preservar con la nieve... que es la maior medicina y la mejor preservación de todas las enfermedades, y más en esta tierra por lo cálido de su temperamento»⁽³²⁾.

Durante la primera quincena de Julio, en tanto y cuanto se gestionaba la solución de estos inconvenientes, las medidas de prevención comenzaron a extremarse por el punto más débil que presentaba la defensa de la ciudad: la huerta. Ante reiteradas noticias del libre desplazamiento de los campesinos y el temor a que viajasen hasta Murcia o Elche para suministrar de modo ilegal algún producto con peligro de contraer la enfermedad⁽³³⁾, «la Junta del Morbo» comenzó a mandar a sus delegados por los distintos lugares y partidas del término municipal con misiones concretas de control y vigilancia: imponer «cuarentenas» bajo guardia en aquellos sitios donde se tuviera noticia de que había habido contacto con los focos de infección, introducir agentes «cautelosos» en la comarca con el fin de recabar cualquier tipo de información sobre indicios de la epidemia, nombrar «comisarios» que se encargasen de ejecutar las órdenes emanadas de la «Junta», e incluso, crear patrullas especiales para el acompañamiento de los viajeros que quisieran desplazarse hasta la raya de Castilla. Todo ello con el consiguiente desembolso monetario que comenzaba a desequilibrar la ya de por sí frágil economía municipal.

Hacia el 10 de Julio un acto conciliatorio entre Orihuela y Alicante en torno a la cuestión del aislamiento comercial, que quedó zanjado a favor de los intereses de Orihuela, vino a desembocar en una de las decisiones más meditadas y costosas de cuantas se relacionaron con la prevención de la epidemia: la creación de un cordón sanitario que salvaguardase del contagio a las dos ciudades⁽³⁴⁾; una solución que tendía asimismo a aislar a la huerta oriolana del peligro inminente. En efecto, reunidas por esta fecha dos embajadas de ambas localidades en lugar neutral—como se tenía por costumbre en los momentos de crisis epidémica para cualquier tipo de conferencia o transacción—, alicantinos y oriolanos, tras escribir al Virrey recabando ayuda económica, decidieron estudiar los límites geográficos por los que se debía trazar la barrera de aislamiento, así como ajustar el contingente humano que podía hacer efectivo el cordón; un cordón mediante el cual, se pensaba «no sols es preservaran dites ciutats si que es preservara tot lo regne»⁽³⁵⁾, de aquí el deseo de que Valencia contribuyese a la subvención del proyecto.

Las líneas para cortar «el fuego de la epidemia»⁽³⁶⁾ debían ser cuatro (véase mapa): las dos primeras en longitud e importancia estarían encaminadas a aislar los focos de Cartagena y Murcia del SW del reino valenciano mediante una línea quebrada a la que se denominó como «el primer y segundo cabo del cordón». Esta debía correr paralela al río Segura, desde su desembocadura hasta los mojones de la ciudad de Murcia—primer «cabo»—para prolongarse desde aquí en dirección S-N hasta Novelda y Monforte pasando por Abanilla—según «cabo»—. Se calculaba a este trazado unas 9 leguas y media de longitud y se distribuían para su control sesenta y seis hombres en veintinueve puestos de vigilancia. El tercer «cordón», destinado a aislar Elche y su término de Alicante y Orihuela, era una diagonal en dirección SE-NW que debía de enlazar la desembocadura del Segura con un cabeto situado al N. de Crevillente, cubriendo unas 2 leguas de distancia con diez puestos de vigilancia y veintisiete guardas. Diez cabos y cuarenta y seis hombres a caballo debían recorrer permanentemente los tres cordones citados. Por último, un cuarto «cordón» iría desde el mar—un punto indeterminado al sur de la ciudad de Alicante hasta enlazar con Abanilla. Las 7 leguas de su trazado estarían custodiadas por cincuenta guardas distribuidos en veinticinco puestos de vigilancia, mientras que cuatro cabos y treinta hombres a caballo se encargarían de recorrer la línea. El gasto diario de la operación alcanzaba la no despreciable suma de 951 reales⁽³⁷⁾.

No obstante esta preocupación los motivos de alarma e inquietud continuaron acosando a Orihuela durante el resto de la canícula de 1677. En la segunda mitad de Julio intentos de sacar trigo de contrabando desde Callosa hasta Alicante pudieron ser evitados por las fuerzas de vigilancia del «cordón» sometándose a castigo a los infractores⁽³⁸⁾; a primeros de Agosto, los calores trajeron consigo la necesidad de extremar el aislamiento con el exterior prohibiéndose todo tipo de comercio con «els llochs y viles que esten la Ribera del riu Segura terme de Castella»⁽³⁹⁾. La noche del 16 de ese mismo mes el tercer «cordón» era roto tal y como denunciaba la Sra. D.^a Inés de Rocamora al Concejo por «molt número de gent de aca-vall y de apeu de la villa de Elig que han entrat en el terme de la present ciutat, en el Ginebrar, y se han llevat una manada de vaques parides y preñades»⁽⁴⁰⁾. El 17 se cortaba el comercio con la villa de Cieza⁽⁴¹⁾.

Ni la llegada de Septiembre ni el final del otoño parecieron durante este año traer la tranquilidad a Orihuela. El estado de alerta continuaba. El cordón sanitario, en pleno Noviembre, aunque no se había producido brote alguno de contagio en la ciudad, seguía vigilante mirando hacia el exterior⁽⁴²⁾ mientras un enemigo interno hacía su aparición: el fantasma del hambre que comenzaba a levantarse sobre las mismas piedras de la capital del Bajo Segura. Un mal anunciado ya en primavera—«la collita del present any ha segut molt tenue»⁽⁴³⁾—un mal que las lluvias torrenciales y avenidas de Agosto se encargaron de agravar⁽⁴⁴⁾. El Pósito, para colmo de los males, comenzó a menguar y sus fondos de grano dejaron de ser una garantía para soportar el invierno que se avecinaba⁽⁴⁵⁾. Si añadimos a esto que el dinero recabado de los mercaderes se iba en reparaciones y vigilancias comprenderemos mejor la progresiva rapidez de las medidas destinadas a conseguir el aprovisionamiento de grano. Primero una orden encaminada a que los deudores de las rentas ordinarias y extraordinarias de la ciudad hiciesen efectivos sus pagos en trigo⁽⁴⁶⁾; más tarde, una actuación de la vigilancia intramuros para evitar la salida de cereal, era seguida por el cierre de las panaderías con el fin de centralizar la venta de harina en el Pósito mismo, por último, con la llegada de Diciembre, las obligadas y temidas requisas por orden de la «Junta» poniendo al descubierto la desigualdad económica de los oriolanos y los primeros síntomas de insolidaridad social:

«...Aprovem los embargos que se han fet de orde verbal de la Junta en les cases dels vehins de la present ciutat, seglars y eclesiastichs, y les visites de les convents on se a tengut sospita de que y abia forment de alguns particulars seglars, y que esta diligencia es continue, embargant primer lo forment que es trobará en les cases dels mercaders, y demes seglars y lo que es trobará en los combents y será de dits seglars, y en apres lo que es trobará en les cases de les persones eclesiati-

ques ab president eclesiastich señalant y dixant a cascu lo que porra haver menester pera subvenir sa casa y familia desde hui fins lo dia de Sent Joan primer vinent...⁽⁴⁷⁾.

Y como el humo que presagia el fuego, en Diciembre también, el trágico aviso: «en algunos cases de lo camp de la present ciutat se recela a agut alguns vehins del camp de Murcia, es te noticia ay alguns malalts...»⁽⁴⁸⁾.

c) La ruptura del cerco e irrupción de la muerte en Orihuela durante la primavera-verano de 1678.

Después, tras un paréntesis temporal que el vacío documental nos impide rellenar con minuciosidad, llegamos a las puertas mismas del verano de 1678, el verano del contagio. ¿Qué ocurrió durante el invierno y la primavera?. Sabemos que climatológicamente fueron estaciones extrañas, «que desde el equinoccio vernal, y aun antes, reynaron los ayres occidentales, que llaman vulgarmente Potentes (Sic), con excesivo calor, y sequedad, hasta los primeros de Abril, en el qual tiempo se movieron ayres de Tramontaña, tan frios, que igualavan al invierno»⁽⁴⁹⁾; que entre el 1 de Enero y el 10 de Abril enfermaron 120 personas de las cuales perecieron justamente la mitad sin que se huviera visto en ellas sospecha alguna de contagio⁽⁵⁰⁾; que la alarma, los primeros indicios de peste, aparecieron entre el 10 de Abril y el 12 de Mayo cuando el número de personas visitadas por los médicos de la ciudad ascendió a 117, falleciendo de ellas 35⁽⁵¹⁾ y la capital del Reino, sensibilizada ante el problema, comisionó a uno de los catedráticos de su Universidad, el Dr. D. Juan Bautista Orivay y Monreal, para que informase sobre la situación en Orihuela⁽⁵²⁾. El resto de la información, en su mayor parte, procede de una de las típicas polémicas protagonizadas por los médicos que se atrevieron a diagnosticar la enfermedad⁽⁵³⁾.

La llegada del Dr. Orivay a Orihuela el 12 de Mayo de 1678 propició de inmediato una reunión de la «Junta de Salud» en la que el médico valenciano solicitó bajo juramento un detallado informe de los enfermos visitados por los catedráticos de medicina de la Universidad oriolana: Basilio Miravete, Francisco Moretó, Esteve Camurla, Joaquín Genesisia y Simón Asencio—este último cirujano⁽⁵⁴⁾—. El balance de las visitas realizadas por éstos entre el 10 de Abril y el día de la fecha arrojó una cifra de 117 enfermos, 6 de ellos con «tercianias» que no habían provocado ninguna víctima; 11 calificados de sufrir «tercianias intermitentes» dándose entre ellos 2 fallecimientos; 40 afectados de «fiebres continuas» a consecuencia de las cuales 13 habían perecido; 10 con «tabardillo» muriendo 7 de los mismos, y 50, por último, con «trastornos varios» (cólicos, «incordios gali-

cos», asma, gota, contusiones, desnutrición, etc.) que habían producido otras 13 muertes.

A pesar de los numerosos casos que presentaban síntomas de peste (vómitos, tumores y bubones en axilas e ingles, fiebre muy alta, etc.)⁽⁵⁶⁾ y de que el 42'5 % del total de fallecidos presentaban estas señales en sus cuerpos, el Dr. Orivay dictaminó con el consenso de sus colegas que el contagio no se debía a peste. De este modo, declaraciones a todas luces sospechosas no fueron puestas en duda y se aceptaron como causa de los síntomas y enfermedades las más extrañas razones. Así, una mujer que presentaba un bubon en la axila y padecía fiebre, tras haber enterrado a su marido y su hija el día anterior, declaraba que dicha inflamación era debida a un golpe que se había dado en la mano⁽⁵⁶⁾; otra declaraba que su niño había fallecido «por el sofoco de haver oit plorar a sa mare per la mort des altres fills que moriren»⁽⁵⁷⁾; el dueño de una esclava indicaba que a pesar de los bubones que ésta presentaba, el fallecimiento de la misma se había producido a causa de «menjar llet y carchofes»⁽⁵⁸⁾; idéntica dieta reconocía el Dr. D. Basilio Miravete como origen de la muerte del criado de un sacristán: «ab una colica villosa de haver menjat llet y carchofes li feu rapte al cap y li dona frenesi, es llança per una finestra y mori rebentat»⁽⁵⁹⁾. El Dr. Francisco Moretó describía también sus casos más graves con una especie de resignado laconismo: «...altra dona ab terciana continua, molts vomits, mal alimentada ab un tumor en lingle esquer, ocasionat segons dit lo sirugia de unes bastonades, mori el quinse»⁽⁶⁰⁾, «...visita a un home ab una tersiana ab molts vomits, tingue un dolor en la regió del ventre corresponen a lingle dret sense elevació notable de la part, mori al quint dia»⁽⁶¹⁾.

¿Era el miedo a las consecuencias del bloqueo comercial lo que cegaba a los médicos?, ¿las presiones del Municipio sobre sus personas?, ¿la duda auténtica en base a los conocimientos de la época, a las interpretaciones silogísticas de los textos de Galeno e Hipócrates, que podían incluso volver del revés sus viejas observaciones?

Resulta difícil de dilucidar. A tres siglos vista de los acontecimientos, las deliberaciones aparecen ridículas ante lo patético de la situación. Sólo la impotencia de los médicos que parece traslucir de los documentos, justifica en parte las finas disquisiciones argüidas en torno a si la enfermedad de Orihuela era «peste» o «contagio pestilente», «fiebres malignas» o «calenturas» ocasionadas por la «prava victus ratio»⁽⁶²⁾. Sea como fuere el caso es que el Dr. Orivay, tras estudiar los informes, tras realizar una rutinaria visita a 26 enfermos el mismo día 12 de Mayo trazó el cuadro clínico general de la situación:

«...Observamos variedad de enfermedades, unas benignas, como tercianas, otras intermitentes; otras perniciosas, como calenturas malignas punticulares, uno o dos carbuncos sin calentura, que estaban ya en convalecencia: otros padecían

bomitos de alimentos indigestos sin calenturas, otros diviesos fuera de los emuntorios, que se llaman Phimata segun Galeno... otros destruidos de fuerças totalmente, sin mas enfermedad que hambre, como lo manifestio una muger, que delante de todos dixo, no tener mas enfermedad, que no aver tomado alimento de sustancia en quinze dias, de syncope resolutivo murio aquella noche; al otro dia murieron madre y hija y por la misma causa...⁽⁶³⁾.

La causa de la enfermedad estaba clara para el catedrático valenciano: la escasa alimentación en la gente pobre desde los últimos seis meses. El pronóstico no tanto, pero había que salvaguardar las espaldas: «se puede tener cualquier mala constitución comun y peligrosa»⁽⁶⁴⁾. De esta manera Ginés del Portillo, Secretario de la Ciudad, levantó el acta de la visita recogiendo la serie de medidas preventivas que habian de aplicarse con total rapidez, según el propio Dr. Orivay, para paliar el mal: 1) bajar el precio del trigo; 2) Prohibir el consumo de alimentos tales como «carchofes, llet fresca, pa de sivada, de panis, de sigrons, de caravasa y altres semilles...»⁽⁶⁵⁾; 3) Proceder a la purificación de las viviendas y ropas de cuantos padecieran fiebres malignas y punticulares; 4) Prohibir a los boticarios de la ciudad la venta de medicinas contra la peste; 5) aumentar el salario de los médicos y cirujanos con el fin de que pudieran asistir gratuitamente a los pobres vergonzantes; 6) Prohibir el cultivo de arroz a menos de una legua de la ciudad.

No había más que hacer en Orihuela. El Dr. Orivay la tarde del 14 de Mayo decidió partir hacia Murcia con el fin de recabar informes sobre su situación sanitaria. El 16, sin embargo, recibió un aviso urgente de Orihuela donde, repentinamente, las cosas se habían agravado. El mismo describió el panorama que encontró a su regreso:

«Volví (el 17) con toda celeridad... halle averse declarado el contagio de calenturas malignas, con puntículas, bubones porraceos, sincopales, y muerte inesperada, que el que mas se alargava, no pasava del cuarto dia...»⁽⁶⁶⁾.

El número de enfermos visitados la jornada del mismo 17 ascendió a 40, 26 de ellos presa de graves calenturas, habiéndose producido 14 fallecimientos durante las cuarenta y ocho horas anteriores. No obstante incrementar las precauciones con aceleración—abrir inmediatamente un hospital—el Dr. Orivay siguió en sus trece cuando su colega el Dr. Pablo de Vera, comisionado a su vez por Murcia, se atrevió a afirmar que el mal era «peste declarada, pues todas las señales lo comprobavan»⁽⁶⁷⁾. A su respuesta de que resultaba «ser mucha facilidad el dezir era peste, sin más averiguación»⁽⁶⁸⁾, siguió una estéril polémica entre ambos que se resolvió en el acuerdo—no sabemos hasta que punto forzado en lo que respecta al médico murciano—por llamar a «la constitución contagio pestilente».

Pero en forma de «peste» o «contagio pestilente», la muerte, sin comprender tal tipo de sutilezas, se introdujo en la ciudad, y entre el 14 de Mayo y los últimos días de Junio, roto el cerco que había durado dos años, comenzó a cobrar sus víctimas. Es cierto que, según todos los indicios, la enfermedad no tuvo punto de comparación alguno; en cuanto a morbilidad se refiere, con la peste reconocida de 1648. El Dr. Orivay que escribió años después un libro en defensa de sus teorías, rebajando tal vez las cifras para mejor respaldarlas, hizo un balance que, aunque trágico, no alcanza las dramáticas cotas de otros contagios: «los enfermos han sido poco más o menos más de mil; los muertos, poco más de quinientos y noventa, y entre ellos 400 niños... y de unos y otros no llegan a treinta las personas de lustre y bien nutridas»⁽⁶⁹⁾. La información, como puede apreciarse estaba en función de su tesis, aquella que defendía que el mal era debido a «calenturas malignas» que se cebaron discriminadamente sólo sobre los cuerpos mal alimentados. Para el Dr. Orivay la enfermedad duró «mientras ha avido pobres que caer, y destos los más niños y mugeres»⁽⁷⁰⁾, afectando sólo a los Arrabales y sin introducirse apenas en el centro de la ciudad donde vivían los acomodados⁽⁷¹⁾. Aquí sólo murieron algunos: aquellos que tuvieron contacto directo con los enfermos «como confesores, médicos, cirujanos y sirvientes y estos en número muy limitado, tanto que es digno de despreciarse»⁽⁷²⁾. No parece, a pesar de la preocupación señalada, escamotear las cifras de mortalidad el catedrático valenciano. En un decreto del obispo D. Joseph Vergé a los eclesiásticos de la comarca, con fecha 15 de Julio la noticia de fallecimientos hasta ese día viene a coincidir con su apreciación: «han muerto más de quinientas personas»⁽⁷³⁾. Este dato, en un momento en que la enfermedad comenzaba a remitir, parece acercarse con justeza al número total de víctimas ante el que sólo discrepa una información, a nuestro juicio exagerada, de los dominicos. Estos, a mediados de Septiembre, cuando todo volvía a la normalidad, anotaban en su libro de Consejos: «En el año 1678 fue Dios servido castigar a esta ciudad de Oriñuela con un lastimoso contagio, del qual (aunque solo duro tres meses) murieron passadas de mil y quinientas personas...»⁽⁷⁴⁾. Si tenemos en cuenta que en Murcia, donde la incidencia de la peste fue mayor, el número de muertes fue de 1.098⁽⁷⁵⁾, la razón parece inclinarse a favor de los datos ofrecidos por el médico y el prelado.

Sea como fuere el caso es que Orihuela reaccionó ante la epidemia como cabía esperar: con el pánico ancestral que alimentaban los recuerdos. Ricos y nobles huyeron de la ciudad⁽⁷⁶⁾; los pobres escaparon también rompiendo el cerco; los médicos abandonaron a sus pacientes⁽⁷⁷⁾; hubo incluso hombres y mujeres que fallecieron de miedo⁽⁷⁸⁾ y las escenas escabrosas de los antiguos grabados se sucedieron al lado de los fosos de enterramiento donde faltó la cal, y donde se vió a los perros comer cadáveres y correr por los campos portando entre sus fauces miembros humanos⁽⁷⁹⁾. El único hospital abierto en el convento de los Capuchinos,

lejos de contribuir a la curación de los enfermos, les empujó a las zanjias acelerando el curso de la muerte. En su inadecuado recinto hubo de colocar dos camas en cada celda «y en cada cama dos, y a veces, tres enfermos; con el desahogo para ventilación de los vapores corruptos, y libertad de muy pequeñas ventanas»⁽⁸⁰⁾. El orden, los preparativos, las prevenciones, se vinieron abajo como un castillo de naipes ante lo irremediable del contagio.

Después, al terminar el verano, volvió de nuevo la calma. Como un primer síntoma de la vuelta a la normalidad el Cabildo catedralicio, que había excusado de sus obligaciones a canónigos y prebendados durante la epidemia para que pudieran «huir del peligro», el 29 de Agosto solicitaba ya el regreso de los eclesiásticos a sus funciones⁽⁸¹⁾. El 17 de Septiembre el Concejo, con un solemne «Te Deum» acompañado más tarde de procesión en honor de la Virgen de Monserrate y de San Pablo, celebraba la huida de la enfermedad obligando a la población a portar «luminarias y otras hierbas aromáticas» so pena de sesenta sueldos de multa a quien no cumpliese con este mandato⁽⁸²⁾. Por último, el 5 de Octubre, los doctores Pablo de Vera y Andrés Fernández, comisionados por la vecina Murcia para visitar Orihuela, certificaban el buen estado general de su salud reconociendo no «haber hallado enfermo alguno del contagio pestilente que se ha padecido»⁽⁸³⁾, aunque su ciudad aguardase todavía hasta Enero del año siguiente para reanudar las relaciones comerciales⁽⁸⁴⁾. La última epidemia importante del siglo XVII pasaba de este modo a la historia sobre la capital del Bajo Segura, mientras su fuerza, esta vez, se detenía ante el río Vinalopó, dejando libre el resto del reino valenciano.

CONSECUENCIAS MAS IMPORTANTES DE LA EPIDEMIA DE 1676-78

¿Cuáles fueron las consecuencias de esta epidemia en Orihuela? ¿Hasta qué punto dejó en ella una huella duradera? Resulta difícil ofrecer, dadas las escasas fuentes que poseemos, una respuesta rigurosa a estas preguntas. Al menos en cuanto hace referencia al punto de vista estrictamente demográfico. Desde esta perspectiva, salvo las escasas apreciaciones cuantitativas ofrecidas en el apartado anterior, la enfermedad no dejó otro tipo de rastro documental que nos permita calibrar con exactitud la incidencia de la muerte en Orihuela. Los registros parroquiales de la época⁽⁸⁵⁾, por ejemplo, son en cierta medida insensibles a este respecto como puede apreciarse en los datos que ofrecemos en los Gráficos y Apéndice documental. El hecho de que muchos cadáveres fuesen enterrados en las fosas comunes, escapando así del cómputo eclesiástico, puede ser una de las razones que explique la aparente normalidad de la mortalidad durante los años cruciales de 1677-1678. Pero no podemos olvidar tampoco que otra de las causas de este silencio puede radicar en las

GRAFICO I.—Oscilaciones de los bautismos, matrimonios y defunciones en la parroquia de Sta. Justa y Rufina de Orihuela (1655-1700)

GRAFICO II.—Oscilaciones de los bautismos, matrimonios y defunciones en la parroquia de El Salvador—catedral—de Orihuela (1665-1700)

consideraciones vertidas por los contemporáneos: esas escasas quinientas o seiscientas defunciones, o el hecho de que la morbilidad afectase menos a los habitantes de los barrios céntricos y acomodados de la ciudad que eran, en resumidas cuentas, los feligreses de las parroquias sobre las que ofrecemos las únicas series numéricas de datos existentes.

Las cifras absolutas de mortalidad, por lo tanto, hablan de la escasa virulencia de la epidemia con respecto a otras catástrofes anteriores. La importancia relativa de las mismas resulta en cambio difícil de dilucidar por lo contradictorio de las informaciones que poseemos acerca de la población oriolana durante los años que precedieron y siguieron a la enfermedad y sólo podemos, en base a las mismas, tratar de especular para ofrecer datos aproximativos. Es prácticamente imposible creer, por ejemplo, si las estimaciones de L. J. Ballester y J. M. Mayer Benítez son ciertas, que de unos 5.000 habitantes tras la peste de 1648, Orihuela⁽⁸⁶⁾ pasase en 1675 a unos 11.250 según cifró R. Méndez Silva⁽⁸⁷⁾—2.500 vecinos—, máxime si tenemos cuenta que un censo de 1716 estudiado por J. Millán⁽⁸⁸⁾ arroja un balance de 6.448 almas y que en 1754—en pleno auge demográfico—la población sólo alcanzaba los 9.423 habitantes⁽⁸⁹⁾. La población de Orihuela en vísperas de la epidemia que estudiamos según lo que acabamos de exponer, y basándonos en otras estimaciones de los contemporáneos, no debió sobrepasar los cinco millares de seres, tal y como parece desprenderse de un censo de casas realizado en 1660 que presentaba un total de 3.987 habitantes⁽⁹⁰⁾ y de la opinión del Dr. Joaquín Genesia—protagonista directo durante la enfermedad—quien atribuyó a la ciudad 4.500 habitantes en 1679⁽⁹¹⁾. Esto corroboraría en parte la hipótesis de D. Bernabé Gil acerca del estancamiento demográfico oriolano durante las décadas centrales del siglo XVII, estancamiento producido por la despoblación de su campo y huerta ya iniciado años antes de la epidemia que cerró la década de los cuarenta⁽⁹²⁾. Las aproximadas seiscientas víctimas de 1678 sólo habrían supuesto, por lo tanto, un descenso de la población oscilante entre un 9 y un 11 %. Porcentaje lamentable, es cierto, pero fácil de recuperar si tenemos en cuenta que Orihuela—al igual que buena parte de la periferia peninsular—se encontraba a las puertas de abandonar el declive poblacional secular⁽⁹³⁾ par entrar en una fase de lento pero continuo crecimiento demográfico.

Otra cuestión de tipo diferente es la que hace referencia a los males económicos derivados del contagio. No sabemos hasta qué punto la epidemia pudo paralizar las actividades agrícolas, artesanales y mercantiles, ni la duración que este hecho—con los trastornos consiguientes—pudo alcanzar. Los documentos hablan sólo del «malestar general» de un modo vago, haciendo especial hincapié en aquellos desarreglos que afectaron a las arcas municipales. Hemos dicho ya que el Concejo, durante la primavera de 1677, respondía todavía los intereses de los préstamos contraídos

durante la enfermedad de 1648. J. B. Vilar ha descrito el estado de total insolvencia en que quedó sumida la ciudad a raíz de este último acontecimiento y la duración de estos efectos⁽⁹⁴⁾: cómo se vió obligada a desprenderse de parte de sus propios, cómo hubo de disminuir drásticamente la empleocracia concejil y recortar los emolumentos de los reducidos cuadros de gobierno ciudadano. En 1677, en pleno cerco de la nueva epidemia, una nueva reducción del personal administrativo de la Ciudad tuvo lugar⁽⁹⁵⁾ al mismo tiempo que se solicitaba la ayuda económica ya citada de las 4.000 libras a los mercaderes. Las consecuencias pues de una catástrofe, enlazaron al cabo de los treinta años con la otra, y el 27 de Junio de 1678, cuando se comenzaba a vislumbrar la desaparición de esta segunda mortandad del siglo, los aprietos financieros de Orihuela obligaron ya a cargar sobre la esquilmada población una sisa de dos dineros por cada libra de carne vendida en los establecimientos de la urbe que contribuyese a pagar las pensiones del 5 % sobre la cantidad adelantada por los mercaderes; sisa que estaba dispuesto a pagar, también, el estamento eclesiástico por tiempo ilimitado hasta que pudieran ser quitados los censos⁽⁹⁶⁾.

Son las fuentes documentales indirectas sin embargo, especialmente aquéllas que hacen referencia a las repercusiones de la epidemia en el ámbito de la Universidad oriolana, las que nos ayudan a trazar un cuadro más completo de la situación del Cabildo municipal en los años siguientes a 1.678, al tiempo que ponen al descubierto algunas de las consecuencias que derivaron en el orden cultural⁽⁹⁷⁾.

En efecto, el monarca Carlos II hubo de intervenir a finales de 1681 conminando a la Ciudad para que hiciese frente a sus acreedores. Tras ordenar que se congelasen los gastos extraordinarios del Municipio con el fin de que estas cantidades contribuyesen a la amortización de las deudas, la intervención del Virrey—basada en una libre interpretación de esta orden—fue mucho más lejos y un mandato suyo tendió a lograr una mayor parte en la enajenación de las rentas municipales que afectó de modo muy directo al Estudio General de Orihuela. Aunque la Ciudad pleiteó sin suerte por cambiar esta decisión, al final, un porcentaje también de los gastos ordinarios pasó a engrosar el capítulo de amortizaciones. Entre ellos se contaba parte de la subvención municipal a la Universidad que fue incautada por ser, al decir del Capitán General del reino «...mas principal la obligación de acudir a los pagos de estos creditos, que mantener las catedras de esta Universidad»⁽⁹⁸⁾. Hasta últimos de la década de 1.690 en que la Ciudad comenzó a experimentar los primeros síntomas de recuperación económica⁽⁹⁹⁾ esta situación se prolongó afectando duramente a la vida universitaria, al tiempo que truncaba muchas de las esperanzas—tal vez ilusorias—que las autoridades oriolanas habían depositado en el Estudio como medio hipotético para sanear la deficitaria economía municipal⁽¹⁰⁰⁾.

La concatenación de los hechos fue la siguiente: a la lógica ausencia

de estudiantes durante 1677-1678, siguió la incautación y reducción de muchos de los salarios de las cátedras dotadas por la Ciudad—la totalidad de las de Derecho Civil y Canónico, Medicina y algunas de Artes—. Muchas de estas cátedras hubieron de ser ejercidas sin salario, otras fueron otorgadas en encomienda con una gratificación mínima, y otras, quedaron desiertas sin que nadie se ocupase de su enseñanza. Esta situación repercutió en un deterioro de los estudios que lógicamente no contribuyó a la atracción de estudiantes tal y como se esperaba desde 1646 en que se obtuvo el Privilegio Real para la institución: «...el medi major y millor que hia ni es pot buscar pera que la pnt. ciutat es fasa y creixca en numero de gent e se aumenten les sises e imposicions que te, es el posar Universitat de Estudis...»⁽¹⁰¹⁾. El hecho de que entre 1678-1685 sólo se concedieran 102 grados académicos, uno más que en los ocho primeros años del período fundacional de la Universidad, 1610-1617⁽¹⁰²⁾, cuando ésta no contaba con ningún tipo de promoción, demuestra a las claras su estancamiento durante el período siguiente a la epidemia. Estancamiento que se prolongó mucho más que la crisis económica municipal, ya que Valencia, que nunca había visto con buenos ojos al Estudio General del Bajo Segura, procuró prolongar hasta 1704 la situación de irregularidad propiciada por la peste poniendo obstáculos a la normalización de la vida académica⁽¹⁰³⁾.

Las repercusiones en el orden social han quedado ya esbozadas en el aparato descriptivo de los hechos. No se puso evitar el pánico y sus secuelas. La huida de un sector de la población, la anarquía consiguiente durante los meses críticos de la epidemia tuvo lugar de nuevo, aunque esta vez—a juzgar por las palabras del Dr. Orivay—el vacío de poder creado años antes se vio atenuado por la presencia de algunas autoridades y prohombres que resistieron tal vez ayudados por el convencimiento de que la enfermedad, en esta ocasión, respetaba un poco más a los ricos⁽¹⁰⁴⁾. No obstante el clima de insolidaridad social se puso de manifiesto durante el mes de Julio y un caso eloquente lo tenemos en la actitud de algunos médicos oriolanos, personas con una responsabilidad especial ante la catástrofe. Aunque varios de estos profesionales perecieron en el cumplimiento de su deber⁽¹⁰⁵⁾, otros—paradójicamente aquellos que estando más vinculados a la Universidad habían presidido la «Junta de Salud»—adoptaron posturas poco edificantes. Tal es el caso del Dr. Cristóbal Asencio, catedrático de Vísperas de Medicina, que optó por abandonar la ciudad dejando sin cuidado a sus pacientes⁽¹⁰⁶⁾ o el del Dr. Joaquín Genesia, catedrático de Curso de Medicina, que se negó por tres veces consecutivas a visitar el hospital de los contagiados por considerar exiguo el salario con que iban a ser retribuidas sus funciones⁽¹⁰⁷⁾. Ambos fueron desterrados de Orihuela y apartados de sus cargos universitarios por unos años, pasados los cuales, tras súplicas y pleitos, volvieron a integrarse en las aulas del Estudio.

Un caso no tan claro que refleja la desintegración familiar ocasionada por la epidemia y que pone una vez más de relieve las presiones a que estaban sometidos los criterios de los médicos ante las enfermedades de tipo contagioso es el del Dr. Francisco Moretó. Este personaje, catedrático de la Facultad de Medicina oriolana, había estado presente no sólo en los prolegómenos de la enfermedad sino también durante toda su incidencia, siendo su dictamen, por último, el que sirvió para la elaboración del bando en que, una vez transcurrida la peste, se dieron las oportunas instrucciones para la purificación de los hogares que habían padecido la infección⁽¹⁰⁸⁾. En 1696, el Dr. Francisco Moretó—sin que sepamos la causa cierta que le motivó a ello—hubo de requerir que se levantara testimonio notarial de su actuación durante el año del contagio avalada por una serie de testigos⁽¹⁰⁹⁾. A través de esta documentación sabemos que en 1678 había desempeñado también el cargo de jurado, que asistió con gran celo a los enfermos y que «per dita assistencia patiren lo contagi la familia de sa casa, de lo qual moriren sa muyer, fills y criats... (que) li cremaren tota la roba y molts alages de sa casa de calitat, que li foch forços pasarse a altra casa despullat...»⁽¹¹⁰⁾. Tenemos noticias asimismo de que fue, precisamente él, el primer médico que se atrevió a concluir que «era mal contagios el que patia la present ciutat encara que les altres metges o repugnaven... que per dita raho de haver regonegut y declarat dit contagi, pasí molts treballs y vexacions»⁽¹¹¹⁾.

Resulta curioso ver cómo una postura más bien moderada—declarar tan sólo que el mal era contagioso—pudo acarrear persecución al Dr. Moretó. Máxime si tenemos en cuenta que este médico, tal y como señala el Dr. Orivay en su libro de modo harto explícito, fue el primero también en asentir a su dictamen acerca de que no era peste el mal padecido en Orihuela⁽¹¹²⁾. Sólo una extrema sensibilización de la población, o el hecho de que la palabra tabú «peste» no importase tanto como se ha escrito, ante idénticas prevenciones y resultados para cualquier mal contagioso, explica estas represalias contra un médico cuya labor fue ejemplar. La necesidad psicológica tal vez de buscar una causa material del mal, atribuida en ocasiones a grupos minoritarios—judíos, gitanos, etc.—pudo convertir esta vez en chivo expiatorio a un médico; un médico de la localidad que no contaba ni con el respaldo gubernativo que ostentaba el comisario Dr. Orivay ni con la circunstancia de estar de paso en una ciudad contagiada.

CONCLUSIONES

La reconstrucción de la epidemia de 1676-1678 en Orihuela pone de nuevo sobre el tapete una serie de cuestiones que nos interesa resaltar a modo de conclusión. Por un lado la incuestionable validez de la síntesis metodológica que elaboró en su tiempo B. Bennassar a partir de su

estudio sobre las pestes castellanas del siglo XVI⁽¹¹³⁾. Su propuesta acerca de esbozar un catálogo que ordenase los temas más relevantes a investigar sobre este tipo de catástrofes⁽¹¹⁴⁾, ha resultado de enorme utilidad para la elección y descripción ordenada del material que hemos expuesto en este artículo. Es más, como puede observar quien conozca ya su clásico trabajo, resulta difícil, a pesar de la apriorística «originalidad» de nuestra epidemia, o de la diferencia temporal, el añadir algún aspecto novedoso que pueda enriquecer su esquema; un esquema que, fundado en los datos obtenidos entre 1596-1599, se repite en 1676-1678 en casi todos sus aspectos: médicos, sociales, religiosos, económicos, etc. Ello viene a demostrar, en gran medida, lo que podemos considerar como una primera conclusión: la continuidad de las actitudes sociales a lo largo del tiempo ante un fenómeno como la peste que todavía, a últimos del siglo XVII, en vías de desaparición, seguía siendo una amenaza ante la que poco o nada podía hacer el hombre.

Considerando obvio el repetir la coincidencia de estas actitudes ya implícitas a lo largo de nuestro trabajo, optamos por resumir otras conclusiones que, si bien no son excesivamente originales o privativas del caso de Orihuela, se manifiestan en él de una manera clara y comprobable, pudiendo, por lo tanto ser de utilidad para la elaboración de trabajos de orden más general: a) la relación casi directa existente entre el hambre y la muerte en la epidemia oriolana; hambre acentuada por las malas cosechas, pero repartida de modo harto desigual tal y como muestra con claridad el bando mediante el cual, tras las requisas de grano, se aseguró a las clases acomodadas las subsistencias necesarias para afrontar la crisis; hecho que pudo contribuir a la discriminada actuación de la peste sobre los habitantes de los barrios más pobres; b) la mayor incidencia de la muerte sobre la población infantil que supuso—de ser ciertas las apreciaciones del Dr. Orivay—más de un 66 % del total de los fallecimientos; c) el acto reflejo de la inmediata puesta en marcha de las viejas medidas preventivas al margen de las discusiones de los médicos sobre la índole de la enfermedad; d) los efectos de las hueras argumentaciones escolásticas de los médicos—acordes con las enseñanzas de la época—adaptándose a las conveniencias de la política ciudadana para dictaminar acerca de los casos de contagio y sus causas; e) la imposibilidad que se desprende de los informes médicos para evaluar desde el presente el verdadero carácter de las enfermedades durante el pasado. Esto último no sólo en virtud de su voluntad por tergiversar la causa de los síntomas, sino, también, como señaló V. Pérez Moreda⁽¹¹⁶⁾ por el hecho mismo de que estos síntomas pueden a veces corresponder a afecciones diversas y porque la patología de hoy puede no servir para la descripción de cuadros más o menos análogos correspondientes a tiempos pasados.

APENDICE DOCUMENTAL

1

Datos anuales de los bautismos, matrimonios y defunciones de la parroquia de Santa Justa y Rufina de Orihuela durante el periodo 1665-1700

Años	B.	M.	D.	Años	B.	M.	D.
1665	56	15	83	1683	43	15	35
1666	54	20	73	1684	58	12	54
1667	31	14	88	1685	48	22	44
1668	59	10	97	1686	72	14	55
1669	50	14	90	1687	67	11	42
1670	52	15	36	1688	63	25	47
1671	38	3	48	1689	54	12	55
1672	34	15	73	1690	40	14	40
1673	45	18	52	1691	53	13	46
1674	49	12	56	1692	61	16	29
1675	54	16	34	1693	55	17	45
1676	51	12	46	1694	71	8	65
1677	47	10	42	1695	62	21	22
1678	39	13	62	1696	62	17	—
1679	39	14	57	1697	56	10	—
1680	48	17	57	1698	57	12	—
1681	50	11	39	1699	71	18	—
1682	51	12	52	1700	75	12	45

Datos anuales de los bautismos, matrimonios y defunciones de la parroquia de El Salvador (Catedral) de Orihuela durante el periodo 1665-1700

Años	B.	M.	D.	Años	B.	M.	D.
1665	123	42	144	1683	257	53	145
1666	109	35	119	1684	270	46	280
1667	123	29	136	1685	247	47	—
1668	105	52	179	1686	338	59	206
1669	124	49	154	1687	265	89	178
1670	101	44	109	1688	288	61	141
1671	102	55	87	1689	269	47	265
1672	111	46	136	1690	267	47	152
1673	103	67	114	1691	253	47	—
1674	115	66	132	1692	328	43	119
1675	127	50	78	1693	326	62	174
1676	107	54	112	1694	286	52	247
1677	138	59	115	1695	285	61	147
1678	123	64	145	1696	276	68	153
1679	139	75	85	1697	280	70	206
1680	129	74	107	1698	336	79	229
1681	166	67	86	1699	329	74	250
1682	225	56	106	1700	379	60	204

Relación de los enfermos visitados por el Dr. Joaquín Genesisia, catedrático de Curso de Medicina de la Universidad de Orihuela, entre el 10 de Abril y el 12 de Mayo de 1678. (A. M. O. «Libro de la Epidemia de 1678». Ref. n.º 51-1676, Arm. n.º 16).

«Relació feta per lo Dr. Joachim Genesisia.

Primo lo Dr. Joachim Genesisia dix y declara que desde lo dia de deu de Abril ha tingut los malalts següents =

En lo convent de Capuchins un Religios de enfermetat de gota.

Item. Ursola Urrach de febres continues y de present esta bona.

Item. una neboda de Mossen Rafael Angosto ab una tersiana de que ya esta bona.

Item. en casa del Marques de Rafal un llaurador ab una cos de un bou en lo pit y esta bo.

Item. la viuda de Montesinos que es una vella, de asma y actualment pateix dit accident.

Item. en lo convent de sent Agusti el lector Facundo ab febra continua, el qual esta ya bo.

Item. en dit convent el sacrista de tersianes dobles y esta ya bo.

Item. en dit convent Fray Pedro Perez ab siatrea y esta millor.

Item. el cuiner del mateix convent ab tavadillo del qual es mort haura tres dies.

Item. un corista en dit convent ab tersianes continues.

Item. altre corista en lo mateix convent ab tersianes dobles intermits.

Item. en lo meso de Miquel del Carpio in chich ab febra continua, ab una inflamacio y floronco en una cama el qual esta millor.

Item. una filla de Vicent Agullo de una colica y esta ya bona.

Item. en cas de Philip Sanchez, un criat ab dolor en lo pit, sens febra de que ya esta bo.

Item. cas de Silvestre el arriero un chich ab pulgo y febra lo qual esta millor.

Item. el Pdr. Fray Pedro Pomares en lo convent de la Merse, de febra y uns floroncós segos en lo pit y en los brazos de que ya esta bo.

Item. la mujer del mayordom de don Joan Rosell, ab un incordi gallich, sens febra.

Item. Baltasar Soto, generos, ab tersianes de que ya esta bo.

Item. Sebastia Raya ab febra de un acalorament de que ya esta bo.

Item. en lo convent del Carme el pare m. fray. Sebastia Vilanova que era molt vell y mori de tersianes continues aura huit o deu dies.

Item. el pare prior de dit convent esta ab febra sicona.

Item. cas de Benit Pardo una fadrineta de una colica humoral y vapors de utero la qual esta millor.

Item. casa de Sebastia Garrigós un malalt ab tersiana continua.

Item. cas de Miquel Lozano dos chiquets ab febra continua.

Item. en lo hospital un frances ab febra continua de la qual mori.

Item. en dit hospital un fadrinet de febra continua ardent ab una papera darrer la orella dreta y mori, lo qual se colig no haguera aplegat a tal extrem si agues estat en terms de curacio, segons la poca malicia que se adverti dels señals de sa enfermetat ser curable, no podentse haver eixecurat remey algu per haver estat en lo camp pasant tota sa enfermetat, fins que el portaren moribundo a l'ospital, ni del contacte de aquell en la roba del hospital no sia experimentat algu dany de contagi havent deu dies que succehi.

Item. altre chove de vint anys en dit ospital que vingue del camp ab febra continua, ab una inflamació darrer les orelles, el qual mori y ab lo consell y cuidat de la Salut publica del dit Dr. Genesis, y mes essent lo puesto comú de malalts com es lo hospital per haverse mort tant promptament apres que entra en son poder, per no haver pogut usar en ell curacio alguna sin rigurosa averiguacio del principi de ses enfermetats, causes y temps de ahon venia, a lo qual li fonch respost que venia de la canyada de D.^a Ynes de Rocamora viuda de D. Vicent Ruiz y Rosell que esta en lo camp de sent Gines de la present ciutat, hon estava segant ab altres tres companys que foren els que el portaren y que mentres menchaven pa de forment estigue bo, y que en apres havent menchat pa de sivada es senti malalt del bentrell y que es distingue en la dita cañada que esta prop de cinch llegues de la present ciutat sis dies sens haver menjat bosi, y que quant lo portaren aplega a la present ciutat hon estigue cinch dies y haventlo embiat el meche que el curava al hospital en la conformitat que ha referit sens forses ya y moribundo, circumstancias bastants pera que mori de dits accidents.

Item. en casa de Frances Gaixi haura quinse dies que mori un fadrinet, lo qual mes de dotse dies abans tenia un dolor en lo bras ombro y pit dret del egersisi de llevar la prensa de fer fideus (sic) que es fan en la dita casa per no estar acostumat aquell treball, y haventli dit que el sagnara no volgueren sos pares executar lo y apres de alguns deu dies li dona febra y el sangraren una bolta, y aquella nit que el sagnaren es llevanta del llit y es vegue un poal de agua del pou salada y de mala calitat de lo que li dona

una colica per dalt y per baix de la qual mori dins dos dies.

Item. a Maria Gallego la visita del orde dels señors de la Junta de la Salut la qual estava ab febra continua y un tumor inflamatori en la ingle esquerra que li havia pervengut de causa externa per que tenia un colp gran en lo potse de aquell peu, y haventse posat una sabata apretada se li inflama el genoll y de alli es origina el dit tumor, lo que succehi deu o dotse dies abans que li donas la febra y al mateix temps estant ab la evacuacio menstrual tingue un sust del qual se li retira la dita evacuacio, causa bastant per haverli engendrat la febra ab la (tachado) alteració del peu y el chenoll, causanli un efectesoporos, y creixerli y fomentanli el tumor del ingle sense haver experimentat en tot lo discurs de sa enfermetat señal algu de malaltia sospitosa com se resela per part de dita Junta, y esta bona de present.

Item. a Geroni Flaquer visita de orde de dits señors pera efecte de averiguar la enfermetat que tenia y el troba ab un incordi galich ab poca febra del qual estava y apeliorat preguntantli la causa de la enfermetat li rispongue que havia estat tres o quatre dies ab una dona ab qui trata carnalment de lo qual li havia prevengut lo dit incordi y una febre, y que lo havien sangnat quatre vegades dantli cordials y fentli fer ordens de christia fins aperiorarlo y feu relacio el dit doctor Joachim Genesisia a la dita Junta que la enfermetat del dit Geroni no era cosa de cuidado sino uns efectes del mal frances sens perill algu com ab tot efecte de present esta bo y assegura a dits señors que el haverlo fet fer ordens de christia tan acceleradament naixque el haver tingut equivocacio qui li asisti de que podria ser enfermetat pestilent, de lo qual no tenia rastre algu.

Item. en lo forn de Miquel del Carpio, visita nit de sent Visent Ferrer de ordre de dits señors, dos dones, la una ab un tumor davall lo bras y una contucio en la ma del mateix bras y sens febra, y preguntantli de ahon li havia originat lo dit tumor li respongue que li havia caigut desde lo alt una pala del forn damunt la má y que li havia pegat un gran colp, y que del dit colp li havia sobrevingut lo dit tumor, y que en apres de la afliccio de una filleta que se li havia mort y de veure a son marit malalt havia tingut una febre pero ya la troba llimpia de dita febra. Y el altra dona estava ya llevantada y combalexent de una febra que dix havia tengut y juntament tenia uns tumors galichs en les parts baixes que son marit li havia pegat y que tenia part dels dits tumors uberts y altres que encara no se havien reventat, pero estava sens febra alguna. Y en lo mateix forn y havia mort es marit de esta ultima dona, y avent regonegut lo cadaver per medi de Ginez Martinez, sirugia, no se li atrobaba cosa de resel perque havia mort, segons dixeran la muller y la sogra, de haverse azotat lo divendres sant y haver entrat ans de curarse la plaga en un fabar, de lo qual se linflama tota la espala y li dona febra que lleba despues alguns dies sens volerse medicinar, y que begue una begada de aygua de neu y que en apres lo baren sagnar de lo qual mori ab una celeritat empero sens señals ni sospita de mal pestilent. Y aixi ma-

teix regonegue en lo mateix forn una chiqueta de dos anys poch mes o menys que tambe estava morta ab totes ses carns, sens haverli fet ninguna evacuació universal, y regonexentla tot lo cos no se li troba tumor, gra, manches ni altre señal sospitos de contagi pestilent, y la mare de dita chiqueta dix que havia mort de febra y poch cuidado que havien tengut de ella per haver estat tots malalts.

Item. de orde de dits señors ana al ortet de Cartagena a regonexer una chiqueta de dos anys que havia mort en casa de Don Juan Ruiz de Balliberra per ser filleta de un ama que els servia, y atroba que el dit angellet era morta de febra y una parotida eo papera y que no havien medicinat ni visitat meche algú, si sols un sirugia que li fee dos sangries, que la segona se la reseta el mateix Doctor Genesisia baixant de visitar a Don Juan Ruiz, pero no el tornaren a cridar, ni la beu mes fins que la beu morta, ab que te per cert que mori de no haverla medicinat, perqui no se li atroba señal algu sospitos de contagi pestilent. Y en lo mateix ort va regonexer la mare de dita chiqueta porque havia entengut que tenia un tumor dèball lo bras, y la atroba sens febra ni tumor ni altra cosa ni accident algu, porque estava bona y sana, y aixi feu relacio a la Junta.

Item. de orde de la mateixa Junta regonege, juntament ab Simó Ascencio, sirugia, un cadaver de una dona que mori en la ultima trabesa del carrer damunt que baixa al carrer del Colegi, per haverse dit que havia mort ab sospita de mal contagios, y atrobaren regonexena ab gran cuidado que no tenia señal, ni tumor, ni mancha alguna que pogues dar cuidado, si que havia mort ab gran pobrea y miserabilitat y de fam segons li digueren les vehins de la dita casa que li assistien.

Item. aixi mateix de orde de la mateixa Junta regonegue juntament ab lo Doctor Basilio Miravete, Simó Ascencio y Gines Martinez, un aprendis de sirugia de dit Martinez que li dien Jaume, per haver avisat a la Junta lo dit Gines Martinez que havia mort de repent ab un gra damunt una sella, y un bubo davall lo bras esquer, y haventlo regonegut tots los desusdits davant dit Gines Martinez y Salvador Oriel sirugia, ab gran cuidado per la importancia de la materia, no li atrobaren gra, ni seca, ni altra mancha, ni cosa alguna sospitosa, y havent procurat inquirir y saber de la mare del dit mort quina causa havia tengut son fill pera la enfermetat de que era mort, y quant temps havia estat malalt, respongue que havia huit dies que estava malalt quixantse de dolor del ventrell porque havia anat al camp a un favar y havia menchat moltes faves, y el dit Gines Martinez sens ordre de meche algu lo havia sagnat dos vegades, lo qual es demostraba per les sicatrides de dites sangries, causa bastant pera haverse mort y en eixa conformitat faren relació a dita Junta y aso es la veritat y ferma».

(sigue la firma de Joachim Genesisia).

NOTAS:

(1) L. GARCIA BALLESTER y J. M. MAYER BENITEZ, «La peste de Orihuela de 1648» y «La crisis demográfica y de subsistencias y las medidas sanitarias de carácter colectivo en la peste de Orihuela de 1648» en *Primer Congreso de Historia del País Valenciano*, Valencia 1976, III, pp. 391-399 y 401-409.

(2) Mientras elaboramos este artículo han surgido una serie de trabajos que hacen referencia directa o indirecta a las epidemias de esta zona. Entre ellos conviene mencionar J. BAUTISTA VILAR, *Orihuela una ciudad valenciana en la España Moderna*, Murcia, 1981, 3 vols.; D. BERNABE GIL, «Oligarquía municipal e intereses agrarios: Orihuela en la coyuntura subsiguiente a la peste de 1648» en *Anales de Historia Moderna de la Universidad de Alicante* n.º 1, Alicante, 1981, pp. 221-250, J. TORRES FONTES, CASAL MARTINEZ, A. J. MULA GOMEZ, J. A. AYALA, P. MARSET CAMPOS, *De historia médica murciana. II. Las epidemias*, Murcia, 1981.

(3) H. KAMEN, *La España de Carlos II*, Barcelona, 1981, Ver de modo especial el capítulo «Esquemas de vida y de muerte» pp. 67-106.

(4) Archivo Municipal de Orihuela: *Legajo «Varios»*.

(5) L. GARCIA BALLESTER y J. M. MAYER BENITEZ, Op. cit., p. 392.

(6) J. BAUTISTA ORIVAY Y MONREAL, *Teatro de la verdad y claro manifiesto del conocimiento de las enfermedades de la ciudad de Orihuela, del año 1.678*, Zaragoza, 1679.

(7) L. GARCIA BALLESTER y J. M. MAYER BENITEZ, Op. cit., pp. 402-403.

(8) Ibidem. p. 398.

(9) Se suponía que el contagio había sido provocado bien por arribada de ropa infectada a través de unos navíos ingleses, bien por la que habían desembarcado excautivos procedentes de Argel (H. KAMEN, Op. cit. pp. 79-80).

(10) A. M. O., *Leg. «Varios»*.

(11) Ibidem.

(12) Ibidem.

(13) H. KAMEN, Op. cit. p. 80.

(14) A. M. O., *Libro de la epidemia de 1678*, f. 100 v. 101 r.

(15) A. M. O., *Contestador de 1677*, f. 336, r.

(16) H. KAMEN, Op. cit. pp. 80-81.

(17) A. M. O., *Contestador de 1677*, f. 382, r.-384, v.

(18) Ibidem., f. 382, v.

(19) Ibidem.

(20) Ibidem. f. 383, r.

(21) Ibidem.

(22) Ibidem. f. 383, v.

(23) Ibidem.

(24) Ibidem.

(25) Ibidem.

(26) Ibidem.

(27) Ibidem., f. 384, r.

(28) A. M. O., *Libro de la epidemia de 1678*, f. 103, r.

(29) A. M. O., *Contestador de 1677*, f. 392, r. y v.

(30) Ibidem., f. 392, r.

(31) Ibidem.

(32) Ibidem.

- (33) A. M. O., *Libro de la epidemia de 1678*, f. 49v.-50, r.
- (34) A. M. O., *Contestador de 1677*, f. 411, r.-413, v. y *Libro de la epidemia de 1678*, f. 55, r. y v.
- (35) A. M. O., *Libro de la epidemia de 1678*, f. 55 v.
- (36) A. M. O., *Contestador de 1677*, f. 41^r r.-413, v.
- (37) A. M. O., *Libro de la epidemia de 1678*, f. 79, r.
- (38) *Ibidem.*, 55, r.-57, r.
- (39) *Ibidem.*, f. 56, r.
- (40) *Ibidem.*, f. 64, v.-65, r.
- (41) *Ibidem.*
- (42) *Ibidem.*
- (43) *Ibidem.*, f. 51, v.
- (44) *Ibidem.*, f. 61, r.
- (45) *Ibidem.*, f. 63, v.
- (46) *Ibidem.*, f. 64, r.
- (47) *Ibidem.*, f. 88, r.
- (48) *Ibidem.*, f. 90, r.
- (49) J. BAUTISTA ORIVAY Y MONREAL, Op. cit. p. 181.
- (50) A. M. O., *Libro de la epidemia de 1678*, f. 2, r.
- (51) *Ibidem.*
- (52) Sobre este personaje de la medicina valenciana, discípulo de Matías García, continuador de la corriente galenística más escolástica, ha dado noticia J. M. LOPEZ PIÑERO, «Valencia y la Medicina del renacimiento y del barroco» en *III Congreso Nacional de historia de la Medicina*. Vol. II. Valencia, 1.971. pp. 95-108.
- (53) Polémica que se recoge de modo indirecto en J. BAUTISTA ORIVAY Y MONREAL, Op. cit. Este médico escribió su libro para defender sus teorías acerca de que no era peste el contagio de Orihuela.
- (54) A. M. O., *Libro de la epidemia de 1678*, f. 1, r.-26, r.
- (55) Estos datos están extraídos de la relación detallada de todas las visitas que llevaron a cabo los citados médicos, a cuya localización exacta hace referencia la nota anterior. En el Apéndice documental, n.º 3 ofrecemos a modo de ejemplo—por lo interesante que resultan las declaraciones de médicos y pacientes—el Informe completo de uno de los doctores: el de D. Joaquín Ginesía.
- (56) A. M. O., *Libro de la epidemia de 1678*, f. 6, r. y v.
- (57) *Ibidem.*, f. 9, r.
- (58) *Ibidem.*, f. 9, v.
- (59) *Ibidem.*, f. 10, r.
- (60) *Ibidem.*, f. 14, v.-15, r.
- (61) *Ibidem.*, f. 14, v.
- (62) J. BAUTISTA ORIVAY Y MONREAL, Op. cit., p. 2.
- (63) *Ibidem.*
- (64) A. M. O., *Libro de la epidemia de 1678*, f. 25, r.-26, r.
- (65) *Ibidem.*, f. 27, r.
- (66) J. BAUTISTA ORIVAY Y MONREAL, Op. cit., pp. 2-3.
- (67) *Ibidem.*, p. 3.
- (68) *Ibidem.*
- (69) *Ibidem.*, p. 5.

- (70) Ibidem.
- (71) Ibidem., p. 116.
- (72) Ibidem.
- (73) A. M. O., *Libro de la epidemia de 1.678*, f. 134, r.
- (74) Archivo Histórico de Orihuela, *Libro de Consejos del Colegio de Predicadores. Desde el 12-2-1.625 al 31-4-1.754*, Arm. 159, p. 79.
- (75) H. KAMEN, Op. cit., p. 83 y J. BAUTISTA ORIVAY Y MONREAL, Op. cit., p. 186. Este último autor da un total de 1.500 víctimas.
- (76) J. BAUTISTA ORIVAY Y MONREAL, Op. cit., p. 182.
- (77) A. M. O. *Libro de la epidemia de 1.678*, f. 15, v.
- (78) Ibidem.
- (79) J. BAUTISTA ORIVAY Y MONREAL, Op. cit., pp. 124-125.
- (80) Ibidem., p. 123.
- (81) Archivo Histórico Naxcional, *Sección Consejos, Legajo 7189*.
- (82) Ibidem.
- (83) Ibidem.
- (84) H. KAMEN, Op. cit., p. 83.
- (85) Agradecemos los datos ofrecidos por G. CANALES MARTINEZ que aparecen en el Apéndice documental, n.º 1 y 2. Ellos son fruto de sus investigaciones en torno a su tesis doctoral sobre el tema *El Bajo Segura: estudio geográfico-comarcal*. En base a ellos hemos elaborado los Gráficos nos. 1 y 2 que presentamos en este artículo.
- (86) L. GARCIA BALLESTER y J. M. MAYER BENITEZ, Op. cit., p. 402.
- (87) Cfr. J. BAUTISTA VILAR, Op. cit., Vol. I., p. 107.
- (88) Cfr. J. A. RAMOS VIDAL, *Demografía, economía y sociedad en el Bajo Segura durante el siglo XVIII (Desamortización bajo el reinado de Carlos IV)*, Orihuela, 1.980, p. 31.
- (89) J. A. RAMOS VIDAL, Op. cit. p. 32.
- (90) Ibidem., p. 33.
- (91) A. H. O., *Libro de grados y acuerdos de la Universidad de Orihuela, 1.679-1.685*, Arm. 159, f. 60, v.
- (92) D. BERNABE GIL, Op. cit., p. 223.
- (93) H. KAMEN, Op. cit., p. 74.
- (94) J. BAUTISTA VILAR, Op. cit., Vol. III, pp. 657-658.
- (95) Ibidem., p. 658.
- (96) A. M. O., *Libro de la epidemia de 1.678*, f. 143, r.-145, v.
- (97) M. MARTINEZ GOMIS, «Aportación al estudio de la financiación y rentas de una Universidad Menor: Orihuela, siglos XVII y XVIII», en *Símpoio Internacional en el Bicentenario de la muerte de Gregorio Mayans*, Valencia, 1.982. Vol. II, pp. 429-466.
- (98) A. H. O., *Libro de grados y acuerdos de la Universidad de Orihuela, 1.679-1.685*, Arm. 159, f. 189, r. y v.
- (99) M. MARTINEZ GOMIS, Op. cit. p. 447.
- (100) Ibidem.
- (101) A. H. O. Arm. 159, *Lio 05, n.º 1*. «Concordia de la Ciudad, año 1.643».
- (102) M. MARTINEZ GOMIS, Op. cit. p. 446.
- (103) Ibidem. p. 447.
- (104) J. BAUTISTA ORIVAY Y MONREAL, Op. cit., p. 183.
- (105) A. H. O., *Libro de grados y acuerdos de la Universidad de Orihuela, 1.679-1.785*, Arm. 159, f. 4, r.

- (106) Ibidem., f. 180, r.
- (107) Ibidem., f. 36, v.-37, r.
- (108) H. KAMEN, Op. cit., p. 91.
- (109) A. M. O., *Legajo «Varios»*.
- (110) Ibidem.
- (111) Ibidem.
- (113) J. BAUTISTA ORIVAY Y MONREAL, Op. cit., p. 4.
- (114) B. BENNASSAR, *Recherches sur les grandes epidemies dans le nord de l'Espagne a la fin du XVIe. siècle. Problemes de documentation et methode*, Paris, 1.969.
- (115) Nos referimos aquí al contenido del capítulo II de la obra citada en la nota anterior: «Propositions pour une recherche collective», pp. 35-60; capítulo que ha servido de base para un trabajo más reciente de J. N. BIRABEN, *«Les hommes et la peste en France et dans les pays européens et méditerranéens. Tome II. Les hommes face à la peste.»*, Paris, 1.976.
- (116) V, PEREZ MOREDA, *La crisis de mortalidad en la España interior (siglos XVI-XIX)*, Madrid, 1.980, pp. 64-65.